

# **RELATO EN SON PARA MALA**

Por Silvia Camuña

(2013)

A Mala, por un vuelo mejor

Mala en la escuela le saca la lengua al escudo, al himno, a la bandera, y quisiera izar su bombachita por el mástil en silencio, ver subir el pañito rosa con puntillas olor a muelles y con tibieza de palomas arrumadas. Mientras, piensa en cosas diferentes, en velludas piernas de hombre, por ejemplo, cruzando el alba. En el recreo el viento sopla y sopla y una arenisca entra en su ojo, lagrimea y llora al fin, tal vez por el rapto de las sabinas (porque no fue una de ellas), porque le cansa la docencia y quisiera estar en el Septimontium crepitando al amanecer. Imagina entre renglones que los papeles de la carpeta se adosan a su cuerpo y es una novia que camina haciéndose nudos en el pelo. Mala se quiere ir a bailar desnuda en los pentagramas de un himno, a envolverse en banderolas para intentar así acallar su deseo.

—**Mala, una inyección te van a poner si te portas mal** —le dice una voz. Pero no teme, es más, quisiera picarse y así ver abejorros y ala deltas, escuchar las destruidas canciones de amor, el zumbido de una mosca de ala azul, flotar en el humo rosa y con aguarrás despintarse el glamour. —**Mala, piel de limón, suéltale suéltale la cadena al hoy, que se vuele y ya** —dice una voz de consuelo y Mala le huye al arrorró, —iarrorró mi niña no! iarrorró mi sol no! —corre y se queda al rincón comiéndose el dedo hasta triturarse el cielo de la uñita y llorar. Cree que no se merece nada, nada más que una luna marrón, ni siquiera sabe tomar vino para hacer hip hip y sentir hipocampos en sus dedos. Nada sabe. El lenguaje ante la negación se pone de pie y le martilla la sien hasta que a ella le saltan pulpos de almíbar, de tinta azul, hasta que grita y para de gritar.

¿Qué hará Mala con su armadura de hierros azules y sus rosas en las

bisagras? Aún no se anima su carne al despojo, los mosquitos pican el verdor y por la ventana no asoma ningún sol ni un ruiseñor ni un ruin señor, ni un estúpido percance para seguir. El lenguaje sube a sus ojos y los calienta, —**LLANTO**— dice y algo brota y por más que se piense en palabras como **SOLUCION, FE**, se acaba por caer enroscada en el pozo de un dolor. Mala se frota con ungüentos la sed y la música viborea por su piel, una balada que quema su intacto pundonor. Es sola, sola como el aire, sola hasta tiritar, el lenguaje ante ella abre su gran boca y dice —**SOLEDAD**—.

Mala no ríe por ahora, su rostro de madera no se inmuta con vertientes súbitas, ni una mueca; con pies de mar camina por su habitación al despertar, se corta el cordón con los dientes todos los días cuando nace del sueño, es una bestiecilla acostumbrada al parto que se desenvuelve y camina entre estertores y llanto porque a la noche lo comprende todo pero luego lo olvida. ¿Comprendió tal vez por qué sola da vueltas manivelas de azúcar? ¿por qué se empecina en lamerle el sexo a una sombra? ¿por qué cada vez que se baja del tobogán de la memoria se hace añicos? ¿por qué ningún pájaro bebe de su piel? Solo sabe que por las noches camina entre la gente con su armadura y nadie lo advierte, nadie ve su tibia carne de mujer en grilletes ni escucha el ruido de cadenas que ella hace al transitar. —**Alguien te debe amar**— dice una voz— **AMAR**— repite ella y el verbo estalla en su infinitivo, bomba atómica para las certezas. Mala se detiene contra un muro y cierra los ojos, no es más la profesora, ahora es una nena que corre por planetas jorobados ensuciándose las plantas en el jarabe, va desnuda, pelicorta, ágil, y retumba su corazón. Luego se monta a un centauro y atraviesa la maraña de la noche castigada por el viento y no quiere regresar. Mala se restriega la ilusión de

los párpados y se apresura, debe volver por su Amador, el pequeñín la espera siempre entre el rosal y la luz, por él es que desciende, pies de fuego, del centauro y vuelve a sonreír. —¡Amador! —lo llama y él la encierra entre sus brazos de miga de pan, le da besos, mugre de sol, y ella de cuclillas en el jardín le da su corazón. Entre los brazos del hijo la armadura se vuelve incandescente costra de brillantina azul, se abrazan hasta hacer vértice con el alma y descender el latido: —Amador —le dice ella, —sos el Amador más fuerte y más valiente del mundo —y él corre feliz con pasos de tijera loca por el jardín.

Cuando lee o estudia el lenguaje comienza a llamarla en gemidos de secreto: —**¡yo te voy a salvar!** —le dice y ella de prisa se sube en eles de plata, eles de Lejanía, de Lejos. Se hamaca Mala y canta: —te sé lejos, lejando, lejandino te veo y te querría aquí en el postrer suburbio de mi gana —. Odia a los seres inciertos de su deseo, los degüella ira a ira, lonja a lonja en todos sus sueños, no los alcanza y acaba detestándolos, sus resoplidos de bestia, sus humos calientes que no suben por su nuca. Nadie le revienta la argucia de saberlos lejos, lejando, y acaba por bajarse de las eles de platino. —No me salvas —le dice al lenguaje, nunca llegan los umbríos miembros, las tempestades contra los riscos, los toros tétricos, menos el que más odia, el senil, el verde de ojos, al que le nacen deseos solamente de la lengua carmesí, nunca lápido de blanca luz, un poema.

For your precious love escucha y se desmaya, quiere creer en algo y no puede. Four your precious love en la mañana mientras Amador duerme. A Amador le hacen reír las apariciones súbitas, el títere de la bruja con su voz suave. Mala quiere su títere también, uno que aparezca por la colina blanca de su sueño y que

cruce el portón de la escuela para hacerla reír. Pero en vez de títeres ¿qué hay?: seres de mirada perspicaz dispuestos a engañarla con un algodón de azúcar, ese que se deshilacha después en la cabecera de la cama cuando ya se atravesaron nubes de rosadez y se agotó el sentir. Por suerte la armadura enreja su rostro, aherroja su sed, la calma con el hálito de no ser.

Pero aun le queda el lenguaje, ¿sirve para vivir?, —**pero no para hacer** —le responde él— **hacer hay que hacer con el cuerpo, comunión, traspíe, coartada, hay que hacer crujir los huesos, sino no** —. Mala se envuelve en gruesas **o** de **ioh no!** de **ioh nada!** **ioh no puedo!**, las ohnanías casi no la dejan respirar y nadie siente el ruido de carro de hierro con el que rueda en la siesta del **ohno**. Mala lucha dentro de ella misma, cae herida por los dardos de la asechanza, diez, mil veces, hasta que dice **BASTA**. Se seca las lágrimas de mercurio, salta cráteres humeantes, se quita las medias lilas y en puntas atraviesa la pradera de los encéfalos, —¿estás? —pregunta y como respuesta una mano se levanta de la muchedumbre, ella se abraza a esa mano, la lame, la conoce, le llora encima, —mano —la nombra, pero ¿mano qué?, ¿manosanta, manopeo manotazo manolista? Desciende entonces de la mano de prisa, se cubre el sexo y corre a esconderse. Otra vez no fue capaz, pero ¿y si era una mano-pep rápida y advenediza?

Mala otra vez se alimenta de ausencias, peladas ausencias de cornoluz, fognazos de adiós. Está harta y come entre arcadas mientras la nada cae en forma de cisnes blancos sobre su piel. Está mareada, por momentos gira dentro de un tutú subida a un hipopótamo de tela y en las palmas lleva encendidas las velas del **solotú sólotú sólotú**. Quisiera creer que no es la única que engulle vacíos de

seres, se interroga: —¿seré vacío yo en algún ser? —y cae destorcida en el suelo del **sinvos**. Quiere convencerse de que es mejor así: adoración de lo temido, y brinda por la precaria solución con dos copas en alto después de hacer monárquicas reverencias.

¿Y si huye del destiempo con miel en los senos? Si de la niñez a esta parte le nació pelo es para reír encogida en la sombra o para jugar con el sexo descalzo en la vereda. —**No seas puerca** —le dice la voz y la arroja en el rincón de la penitencia— **¿es que no tienes otra cosa en qué pensar?** —. Sí, si tiene, en el señor de la frente amplia, el que tiene apostura de trapecista, los ojos hundidos en la plenitud, la nariz sin el oxígeno de los cobardes, la boca comedora de la luz. Le gusta ese señor y a la noche imagina sus manos en las suyas, un rito para la tibieza santa del comienzo del amor. Si supiera qué es el amor, no sabe nada más que si el trapecista se acercara a ella, debería saltar, pero, ¿cuánto tiempo pendería de sus manos? ¿hasta cuándo el vuelo sería azul, hasta cuando rojo, hasta cuándo sus piernas agitarían sin formol la continuidad? Prefiere no pensar en su rostro y mientras escucha el bullicio de su clase traza números dos con el pie en las baldosas coloradas, entrecierra los ojos y se va a la ciudad de los cosmonautas. Ella es sola como un uno, Amador es otro uno, pero no son un par. Mala desea, le chorrean humos alcalinos por la boca y aún se queda parada detrás de un vitral llorando y viendo cómo las lágrimas se evaporan en su vientre de caldera, llora sus petrificaciones del vuelo con palomas de vidrio en el regazo. Pasa que no debe volar porque sí, pero... ¿qué es volar porque no?, oh no, no puedo, oh no oh no, repite sus ohnanías tremendistas. —**Anda** —le dice el lenguaje— **prueba y vuela, debes partir y morir** —¿morir? —pregunta Mala y el lenguaje responde— **morir**

**después sin el pulmón del hálito** —. Mala no entiende, ¿por qué morir?, ¿por qué?, ¿por qué?

—**El lenguaje te va a dejar por deseosa y saliente de mente** —le dice la voz. Mala, profesora de lengua, castellano y literatura no puede prescindir de él, entonces se aferra a la primera letra que pasa, a una negra **M**, —¿sos la de mamá? —le pregunta y la eme con sus patas de araña peluda le contesta: —**no, no soy, soy la eme de mala** —y la atrapa con sus tentáculos. Mala no se cansa de clamar por la blanca y mullida eme de mamá que no la asistirá nunca porque ella ya tiene la ponzoña en la ingle.

En traje de princesa del agua Mala ya no tiene miedo, el dedo del pie le sale por la media del alba y quiere reír. Saltó al fin, ahora su piel sin armadura parece la de un pez que tiembla los fríos del desmembramiento. A pesar de lo incauta que fue cree que es mejor así: no cargar más con el sujetador de hierro. El trapecista vuela ahora en el frío de su memoria, no fue a dictar clase solo para quedarse a recordar el aire del vuelo: él la llevó arrancada de sí, la elevó y arrastró su cabeza por la copa de los árboles, la hundió en mares y le hizo comer tierra —... Trapecista... trapecista de piel suave y mirada sin reloj ¿dónde está ahora tu puño del tamaño de la calma? —Mala bebió en dos sorbos la eternidad, se hizo etérea y la carne le colgó a los lados del alma. Ahora no hay nadie, Amador pidió la nube más gorda para dormir, el patio está vacío, Ella desnuda, con solo las zapatillas puestas que conservan el talco de la tarima, revisa en sus brazos las marcas del vuelo sujetado, y en sus oídos

siente los aplausos de los espectadores. Mala muerde en silencio retazos de luna, tiene una sien guardada en la mano, la mira y la huele, es de él, pero ¿será para un **sí**?, ¿o será para un **no**? Nadie le contesta, el planeta del habla está sin voz, las eses se mueven con el viento, la de **Soledad**, la de **Sapo**. —¿Volverá? —le pregunta Mala al lenguaje y al instante una **T** fuerte de hierro y hormigón le sale al paso, las letras que vienen por detrás la cercan y la lamen con fruición causándole escozor, — **¡Mala nalga de manzana!, ¡boca con pez!, ¡espalda de ají!** —le gritan y le hacen mirar el antiguo signo de su no que ahora es el de su sí —**TRAPECISTA** — dicen— y ríen a horcajadas del renglón. Pero, ¿qué saben las letras del herculino cuerpo robado con el rabillo del ojo a la sombra?, ¿de los choques del viento que los acercó y los llevó por el son del destierro? Nadie sabe que él seguramente se llevó toros de su pelo, timbres de su voz, ¿se habrá llevado como ella tantos recuerdos? ¿sí? ¿no? —**No cargués las tintas, Mala** —le recuerda la voz y ella entonces corre a buscar un dosificador y se lo cuelga del cuello, deberá andar con el dosificador de tinta durante los días posteriores al salto para no hacer manchones en la tez blanca de la espera, pero, ¿es que debe esperar? Un **NO** la golpea en la nuca y rueda por el humus de sombra de su habitación. —Mala, Mala, ¿no me escuchas? —le dice Amador colgándose de su ruedo. Ella no es nada más que un problema, le gustaría ser feliz sin acertijos, sin tener que morderse los dedos cada atardecer.

Mala no va más a la escuela, se queda en la cama y se chupa el pulgar mientras cree que se hamaca en un caballo de arce, no cree en lo que le pasa, que su héroe no es tal y que ella otra vez y más a fondo se deshuesa en el abismo. Imagina

monigotes con tez de talco en una feria con techos de colores, estatuas descolgadas de su memoria con expresión de llanto. Quisiera tener la fuerza para sacudirse la mierda de los lugares impíos, pero de pies de garza está, apenas rozando la corteza del plano. Abre un libro, —**puedes usarlas** —le dice el lenguaje— **tal vez la lectura te distraiga** —pero Mala en vez de elegir las palabras una por una, las tira de los estantes del habla y las pisa, se las unta en el destrozo, se las pega en la cara y las rompe, —idesde que sirven para nombrarlo no las quiero más! —dice— ¡No son más palabras, son costrones, mordiscos, caléndulas de tos, sesos del miedo! ¡Nunca me sirvieron! —grita y la realidad se desmorona, no hay nada en la planicie del **SÍ**, la negación rotunda esta vez le rompe el yo. —Para él sólo soy **PALOMA MUERTA**, soy **FRUTA PODRIDA**, soy **MONTON DE CADENAS** —dice y le viene un temblor— **Deberías recordar que tenés un hijo** —le reprocha su madre y se va; entra y sale del cuarto solo para eso. —¡Sandalias azules! —le quisiera gritar Mala— ¡Sandalias azules me puse esa noche del salto en que rompí con la tradición del sexo inmune, ¡por fin tuve una noche singular! ¡oh sí! ¡oh sí! —, pero ¿qué sabe madre del **oh sí?** Mala se duerme con el recuerdo del **ohsí** y se va a la caravana de las **MUJERES MALAS** a elevar cánticos que dicen los nombres del gozo en voz alta. En su sueño se amansa y se duele peinándose el cabello en la fila del salto. —Trapecio —pide y nadie le contesta— trapecio —repite, —trapecio —murmura. Es su turno y aunque nadie responda lo mismo va a saltar. En el silencio de la negación cae, —hasta el sol, hasta los pájaros —pide pero no hace más que bajar, —¡Mala! ¡Mala! —la llaman los espectadores, pero ella no quiere más nada, y cerrando los ojos atraviesa la nube y el tul, abre los puños y

libera el nombre de las cosas, del **mundo**, del **nació**, del **es**, del **está**, del **quiere ser**, todo cae en fulminante lluvia mientras ella se sueña en el albor.

Los días pasan e irremediamente el deseo la aplasta y yergue la sombra del trapequista, la extiende, la amontona. Es como morder manzanas de hierro. Del amanecer nace su rostro. Se ve tonta, imbécil, la seducción escupió en su ruedo y no se dio cuenta, está cianótica al pie de la bruma tanto buscar significados. —Sé Mala, Mala —se dice, pero su odio es liviano, trata, pero del verbo "detonar" o "ahorcar" pasa a "recordar" el momento en que con la lengua le quitó a aquel cuerpo el lanugo del tiempo humedeciendo la soledad de lija; lamió su **sinnadie**, su **siempre**, su **nunca**, su nuca de decir sí y sus sienas de los no rotundos por donde se le van los pájaros. De pie frente al espejo Mala se ve a sí misma golpeándose la cabeza contra los postes del trapecio, ya no tendrá más encéfalo para nombrar el hambre, y si pudiera se comería el mundo para no sentir la intemperie. —Quiero otra vez **ESO** —pide— **ESO no se pide** —le contesta la voz, — es lo mismo —dice Mala y sin dejar de mirarse fijamente, se restriega úntulos entre las piernas y llora maldita: no pudo poseer sin llorar después. —**Eso es AMAR** —dice la voz, y Mala niega con la cabeza del tamaño de los astros.

Va a tener que coser sola las consecuencias de su vuelo, se tantea la herida y se saca gusanos de un sueño, las letras arrugadas de su nombre, tiene la cabeza abierta, rota, —**¡cósete!, ¡cósete!** —le manda otra voz y le tira baba del diablo, — con esto? —pregunta Mala—, **sí sí, rápido, cósete** —. Mala en un rincón del

cuarto enhebra un hueso de pollo y atraviesa ambos lados tratando de meter un poco de sustancia adentro otra vez, se cose lo más a prisa que puede, supuraciones le mojan las manos y temblando corre a lavarse en el baño. Sus restos corren por el agua y suspira, ha quedado sabia, sabia y calva como el trapecista, calva sí, como él. Por fin se acaba la tarde, se nubla sobre su piel lampiña, no tiene ya ni armadura ni cabello ni nada; Amador que irrumpe en ese momento la desconoce y llora, —no llores —le pide ella, —si mamá sigue siendo Mala aunque se haya rapado de esta manera—.

**EL FINAL:** El trapecista la jodió y la quemó a la orilla del mar. —**No vale** —dicen los espectadores decepcionados, —**queremos un final feliz** —. Pero los finales felices no existen, un final feliz siempre es falaz, llegan obligatoriamente teñidos de adioses de petróleo, hacen morir. **FINAL** es una palabra guillotínante. Mala luego de raparse se perfumó la nuca con luz de azahar, se tapó para siempre el sexo con cortinas de **NO**. Su boca no se abrió más. Esa tarde el cable del consuelo se le desconectó y nadie pudo enviárselo, ni Amador. —**EGOÍSTA** —la llamó la voz y Mala partió hecha pájaro por el cielo del son.

